

EL CAREO



Por CARLOS MARTINEZ MORENO

—Lléveme a careo, dijo Basilio. Cuando estén frente a mí, no se van a animar a seguir acusándome.

El abogado había oído muchas veces la frase, y sabía que era un último cartucho. Pero llegado el caso, tenía que quemarlo.

Los vareadores habían sido invitados a la fiesta por la mañana, cuando volvían de bañar los caballos y cuando Basilio no había regresado aún a Las Piedras, y se le suponía trabajando en la estiba. Eran los quince años de la Victoria, la muchacha que estaba ahora en el banco del patio del Juzgado, pidiendo que también le preguntaran o esperando saber "cómo había salido", ya que compartía con su padre la credulidad de que aquello habría de tener un resultado. Tenía unos cachetes impresos, rosados, y dos senos separados y en punta —tiesos, frutales— debajo mismo del vestido, que le ceñía la piel y moldeaba —sobre el envarillado del asiento— unos muslos demasiado poderosos y unas ancas dibujadas y firmes. A los cuarenta años podría ser una mujer enorme y gastada, pero ahora tenía una inocencia agresiva y carnal, un aire inqueridamente lujurioso, un abotagado sentido natural de la provocación. Era allí, sentada y mirada desde oficinas y barandas, una criatura del neo-realismo suelta en la vida real, otro modelo para la heroína de los Panemores.

Basilio había llegado a casa pasada la una de la tarde, y pasado él también. Había un hueco de varias horas entre la entrega del turno de la noche y su llegada a Las Piedras, y ese hueco lo ocupaban, en proporciones indiscernibles, la grappa y el vino. Siguió tomando el de los demás y el suyo mientras almorzaban, él, su mujer, Victoria, el finadito y los vareadores. Pidió luego unos pesos al muchacho para jugar en la Primera, mientras las mujeres —puesta a un lado la mesa— bailaban con los dos hermanos, iguales, ágiles y chuecos en el envaramiento profesional de su oficio ecuestre.

No consiguió el dinero, y el hecho de que el muchacho se tomara el último trago de su propio vaso, terminó por exasperarlo. Corrió entonces hacia la radio, la apagó gritando que se acababa la fiesta y echó a la calle a todos. Junto al portón deliberaron la madre, su hijo, Victoria y los vareadores.

—¿Y qué hacemos con las zapapillas y los sacos?, preguntaron los jockeys, que siempre hablaban entre los dos, expresándose juntos o haciendo uno los ademanes para las palabras del otro, a la manera de los ayudantes de K, en El Castillo. Porque bailaban en medias y aprontaban en medias, para enhorquetarse mejor.

El finadito se dispuso entonces a rescatar todo eso. Basilio vociferaba a la vista de todos —de pie, rojizo— junto a la mesa y a los restos de vino. Estaban mirándolo cuando su hijastro entró, y lo vieron tomar un cuchillo en el momento en que el otro le ponía una mano en el hombro, preguntándole: —¿Y ahora qué le pasa, viejo?

No vieron el movimiento de Basilio, porque el muchacho —de espaldas a ellos— lo ocultaba. Supieron que éste había sido herido cuando estuvo de vuelta junto a la madre.

—Me lastimé El Viejo, dijo mientras se deslizaba al suelo. Lo arrimaron a un árbol, sentado y doblado, y allí mismo murió.

Eso era lo que decían todos. La versión de Basilio, en cambio, era la clásica: el muchacho había hecho un ademán que él había entendido como de sacar armas, y luego echado un brazo hacia adelante. El le había puesto el cuchillo de punta, sin acometerlo, y El Bachicha se había "ensartado" en la axila izquierda, en el envión de darle un puñetazo.

Allí estaba ahora, en la sala de audiencias, encarnado y lustroso, con su melena blanca y crespa aplastada por un peinado trabajoso. Llevaba puesta una campera de gamuza, cortona, que dejaba ver un pañuelo doblado en triángulo, en el bolsillo trasero del pantalón, ya que apenas se afirmaba en el borde de la silla. Tenía unos zapatos de charol muy crujientes,

de los que poco podía saber el piso de la cárcel, y una golilla blanca atada al cuello. Para una reclusión larga, la ida al Juzgado es un feriado de novedades minuciosas.

—Lléveme a careo, porque es imposible que a uno le den nueve años por esto.

Su desconcepto de la vida ajena era el mismo de todos los que han hecho una muerte y el de sus parientes que quieren rescatarlos. El abogado ya no podía alarmarse frente a ese tipo de reacciones, que se había acostumbrado a tomar como el más natural. Recordaba sus primeros días en el oficio, y a una viejita suave y bondadosa que había venido a verlo (era del tiempo en que la gente se sentaba, no del de ahora en que la recibía de pie). Ella había dicho el nombre de su hijo y, mientras él lo buscaba en el fichero, había querido adelantar sus razones, avanzarle a la desventajosa revelación del asunto. —Eran los únicos brazos que trabajaban para mí; y como hijo, sin despreciar, fué siempre muy bueno. —Será lo que usted dice, repuso él. Pero fíjese lo que hay en la ficha. Y leyó: "Porque su concubina le hizo un mal chiste, poniendo en duda su virilidad, la mató de un hachazo". —Sí, dijo la viejita, con una indulgencia plena y sin afectación. Hizo ese disparate. —Señora, exclamó él, con un candor que el tiempo le quitaría. Si usted fuera la madre de la muerta, le llamaría algo más que disparate. —Sí, no vaya a creer, asintió la viejita, ecuanime e inalterable. A veces me he puesto también en el lugar de esa madre. Y sin embargo, se veía que la muerte resbalaba entre los dos, como una cosa pasada e insignificante. —Oiga esto otro, insistió él, que había seguido mirando la ficha. Y leyó: "Tiene antecedentes de agresividad: atentado, lesiones, riña". —Sí, es muy cierto, constató la madre; y asumiendo por primera vez un aire de infatigable valorativa, de dignidad moral: —Pero eso sí, ¿eh?, ¡nunca robó!

Basilio y sus hijos de un único y pasado matrimonio —los mediohermanos de Victoria, los que lo abastecían de campera, charol y golilla— opinaban también que los nueve años eran un disparate. El finadito —mi-entendido, como él lo llamaba, con un tono neutral para el diminutivo enternecedor, y asimismo neutral para la circunstancia de haberle dado muerte, no valía tanto ni era tan gran persona, después de todo.

Y frente a él, sentados en dos sillas gemelas y próximas, estaban los vareadores. Eran dos líquidos peinados iguales, de raya al medio, dos pares iguales de orejas apantalladas, dos ajustados trajes de color perdiz, dos pares de ojos que se volvían al Juez con una coordinación milagrosa, mientras el actuario, de pie, leía sus dos declaraciones, que el amaneramiento y la fatiga de un solo empleado habían tornado exactamente iguales.

—Lo que pasa— dijo Basilio, cuando el Juez los invitó a aclarar las contradicciones, según un ritual en que tampoco creía— es que los señores eran amigos del finadito, y no son amigos míos.

—Pero don Basilio, ¡no diga eso!, contestaron los hermanos. ¿Que no somos amigos suyos? ¿No lo visitábamos cuando vivía en Walcalde 2668 y cuando se mudó a Comodoro Coe 3530 bis? ¿No lo veíamos siempre en el Almacén de los Dos Mellizos?

—Sí, respondió Basilio, con una voz opaca, que presumía de ultrajado. Ustedes me visitaban, sí. Es claro que me visitaban. Pero no venían por mí. Venían por la Victoria.

Los vareadores se volvieron al Juez con unos ojos consternados, que declinaban tácitamente la polémica en ese terreno.

—Y hay más, dijo entonces Basilio, a quien la pausa había envalentonado. Tengo que decir, señor Juez, aunque sea muy triste, que el finadito tenía malas costumbres. Y que estaba siempre en el estudio de los señores.

—Vamos a ver, dijo el Juez, poniendo orden frente al giro que tomaba el careo, y tratando de apagar la cabriola sincopada de los dos vareadores en sus

sillas, ¿Así que el procesado sugiere que la víctima era pederasta?

—Sí, señor, dijo Basilio, que había comprendido que la frase pasaba en limpio su propia afirmación.

—¿Activo o pasivo?, preguntó el Juez, calculándolo —por su parte— sobre el asombro dual de los jinetes.

—Ah, musitó Basilio. Tanto como eso no sé.

—Pero usted tiene que saberlo, se impacientó el Juez. Usted ha hecho una acusación y ahora...

Señor Juez, interrumpió el abogado. Creo que el encausado no entiende los términos. Si usted me permite...

E inclinándose algo en su silla, cuchicheó unas pocas palabras al oído del preso.

—Ah sí, pasivo, pasivo, aclaró Basilio, aliviándose con la sorpresiva sencillez del asunto.

—Muy bien, dijo el Juez, no para aprobarlo sino para dar el punto por esclarecido. Y los testigos —porque acataba la sensación inescindible de solidaridad que emanaba de ellos— ¿qué dicen frente a eso?

—Señor Juez, empezaron a redactar. Yo no sé si, fuera del estudio, El Bachicha era o no federal. Pero allí adentro era una persona como todas.

¿Habían comprendido lo que negaban? La máquina de escribir perseguía y abreviaba estas confrontaciones, con una velocidad que proscibía el matiz, pero el empleado no podía dejar de expeler el residuo pintoresco que no cabía en el papel y que hervía en su mueca congestionada. "Concedida la palabra a los testigos dicen..."

—Así que los señores se mantienen y el procesado también, apuntó el Juez. Y recogió dos frentes acompañadas para la primera confirmación y una para la última.

—Está terminado —dijo cuando se les hubo leído y hecho firmar el acta. Ustedes dos pueden irse. Y que pase (miraba su reloj) la señora.

Los dos hermanos se pusieron de pie, como si se alzarán de dos monturas, echados ligeramente hacia adelante. Dirigieron al Juez una cortésia sincronizada, digna y un poquito pomposa, y desaparecieron casi sin tocar el piso.

Ella sobrevino entonces trajeada de luto, de un luto copioso, como la Madre en los Seis Personajes. Su color mestizo estaba apenas encorado por el miedo, por el contraste del tocado y el velo, por la decisión largamente pensada que traía a la audiencia. Tenía una tez a un tiempo olivácea y vitrea, con pequeñas excoerciones más claras, como un maniquí que empieza a deteriorarse, y unos ojos que no la obligaban a mirar. Se sentó rectamente en una de las sillas de los vareadores, y se mantuvo tiesa, con la pesantez ordinaria de los lienzos que la cubrían y el hierático paralelismo de sus dos piernas rígidas, hechas a profusión de carbonilla. El año y meses transcurridos desde la muerte de su hijo daban a ese luto una intención proselitista, y Basilio —que no la veía desde que fuera preso— sintió el efecto deliberadamente hostil de aquella indumentaria, y algo dentro de él se desalentó por lo que restaba del careo.

El actuario volvió a leer páginas del expediente y la mujer, al escuchar sus propias declaraciones de aquella misma tarde prorrumpió a llorar, levantándose el velo y volcando cortos espasmos de sofocación en un pañuelo negro que se llevaba a la boca. Entre llanto y llanto, para que no se les perdiera de vista, lo estrujaba en un puño y luego, abriendo el gesto de dolorosa crispación, lo dejaba colgar como un trapo.

Ahora ha muerto. La balearon en un tumulto de la huelga metalúrgica, hace unos meses, y el hecho cupo en un rincón de la crónica policial y en un retruécano acuñado por alguien que los inventa sin tasa: el que a ferros malta, a fierro muere. Está muerta, y nadie podría saber, a más de un año, cuánto le importaba esa tarde El Bachicha, cuánto la circunstancia de que ella lo hubiera traído de dos años al conubio con Basilio y cuánto la convicción de que

(Pasa a la pág. sigte.)

UN LIBRO PARA CADA REGALO

ARTE

PACCAGNINI, Simone Martini

ALBUMES: Utrillo - Cézanne - Gauguin - Matisse - Rouault - Manet - Goya - Greco - Modigliani

SKIRA, l'Impressionnisme

VARIOS: Dict. de la Peinture Moderne

LITERATURA

LARRETA, Obras Completas

SANTA TERESA, Obras Completas

DE COSSIO, Fáb. Mitológicas en España

ENTRAMBASAGUAS, L. de Vega, Jerusalén Conquistada

SANCHEZ, F., Teatro Completo

NIÑOS

VERITE, Le Monde des Animaux

LAROUSSE, Dict. Nouveau Élémentaire

ALBUMES, Tintin - Bécassine - Babar - Roes

LE GRAND LIVRE des Bateaux - des Indiens - des Avions, etc.

COLECCIONES Araluce - Libros Muñeco - Décapage

Reproducciones - Cuadros Modernos - Miniaturas de Pinturas Célebres

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA

PALACIO SALVO. - SUBSUELO

TELEFONO: 9 05 27

LIBER FALCO ANDACALLES

Por MARIO ARREGUI

Estas páginas son fragmento de la segunda parte de un tal vez largo trabajo en relación sobre Liber Falco, cuya primera parte, la nota titulada "Imagen del Amigo", se publicó en MARCHA el 18 de Noviembre de 1955, ocho días después de la muerte del poeta.

"Caminó durante años correteando trabajos de imprenta", escribió en la nota anterior.

... yo anduve un día, mucho tiempo, calles y calles junto a puertas y paredes, Caminé también ida y vuelta de los cafés donde nos reuníamos, caminé con nosotros cuando nos largábamos a hacer calles y boliches, caminé ida y vuelta de los diarios en los que trabajé, caminé, caminé mucho... Sólo tomaba ómnibus o tranvías cuando no hacerlos hubiera sido disparatado. En los últimos años, eso sí, fué haciéndose cada vez más casero y sedentario.

Para visualizar o imaginar buena parte de su vida, hay que insistir, pues, en la imagen del hombre que camina por las calles de una ciudad.

Ahora... ando calles.

Cuando voy por las calles —sube y baja— de este Montevideo, madre cruel

EQUIS ANDACALLES tituló, bien titulado, su segundo libro (1942). Dice A. S. Visca (Liber Falco. Poeta — MARCHA, 18/XI/55) que ese Equis Andacalles hace referencia más que a un ser anónimo a la incógnita del hombre; no lo contradigo, pero veo también un ser, si no anónimo, al que nadie nombra: calles y calles junto a puertas y paredes, nadie dijo mi nombre; y semisecreto —un poco vivo, un poco muerto—, que es quien camina por las calles que las vidas de los otros incansablemente barajan cuando voy por sus calles, algo me dice que estoy muerto. Recuerdo que, ya el libro en prensa, discutimos con Falco el título L y yo proponíamos la eliminación de Equis — "Con Andacalles solo

A cierta hora de la noche el hombre camina solo hacia su casa, en un caminar que es de algún modo arrastrar el cadáver de la noche de amistad vivida. Los amigos se han dispersado; algunos, dos o tres, lo han acompañado tal vez unas cuadras. Ahora el poeta de cuerpo algo frágil va solo y muy frágil por calles sin nadie. La ciudad es íntima y suya como un recuerdo, y a la vez ajena como si ese recuerdo se refiriera a un ser querido que hubiera muerto. Quiero ver y veo que es ésta una noche sin luna y de cielo alto. Camina el poeta, "vaguement conduit par

son front". Cada paso es un paso en la más noche, porque se va alejando del centro de la ciudad y la ciudad sufre más noche a medida que de su centro ella se distancia. El poeta va triste y cabizbajo; va con remordimientos, también: es un poco tarde y sabe que su compañera no duerme tranquila mientras él no llega. La noche es toda soledad —soledad de noche destechada con astros mudos que rutilan.

La calle, las casas, los árboles, acaso hasta algún gato vagamundo, parecen hechos con la misma sustancia de la noche. Camina el poeta, a solas

alcanza, y queda mejor, nos parece", le decía. "Nooo —decía Falco con su voz que tenía algo de humo lento—; a mí me gusta así... esa Equis da una cosa... yo creo". Nunca pudo definir esa cosa (muy pocas veces pudo realmente definir alguna cosa), y pienso ahora que tenía razón, del modo previo, oscuro, irrazonado, con que muy a menudo tenía mucha razón.

Pero volvamos al hombre que camina. Ese hombre —delgado, de estatura mediana, con cierto aire no de enfermo pero sí de convaleciente, vestido con un traje azul o marrón que puede ser bastante nuevo pero que parece viejo— camina a pasos lentos e invigilados. "Il marchait, vaguement conduit par son front... Le souci de ses pas incertains semblait abandonné aux puissances inférieures de son être" — esto, que encontré días pasados al azar de una relectura saltó ante mis ojos como un resorte, porque parece escrito a propósito de Falco y de ningún otro.

El hombre camina las calles de una ciudad que es siempre la misma y es la suya y es su "madre cruel", pero que ya es demasiado grande y no puede ser verdaderamente de nadie. Lleva la cabeza —cuyo pelo es de un rubio desgastado— un poco inclinada hacia adelante, lleva como semidormidos los ojos celestes que ni miran nada, o que miran, apenas, sólo lo imprescindible. A veces va fumando, a veces lleva en la boca un cigarrillo (de los "finitos") que se ha olvidado de encender. Durante el día generalmente anda solo; en los anocheceres y en las noches suele ir con amigos, y entonces va un poco más en la tierra y más despierto, aunque con frecuencia también se ensimisma y se pierde. (Con frecuencia, literalmente, se nos perdía; "¿Dónde está Falco?", nos preguntábamos; "¿Eh!, poeta soñabulo", lo llamábamos.)

con su pensamiento:

"Qué grande el mundo, y qué pequeño
qué lejos los amigos, y qué
lejana la tierra";

y con otros que le duelen como heridas que no sabe nombrar ni ubicar. Pone un cigarrillo en la boca pero se olvida de encenderlo. Se siente un poco cansado; siempre, en realidad, se siente un poco cansado. La calle ahora es de barrio, de costado de ciudad, y la ciudad, a su vez, es arrabal del mundo, y a su vez el mundo, la Tierra.

... nave solitaria, es también arrabal de algo. Si-

gue caminando el poeta... Yo me he demorado mostrándolo porque deseo que se lo vea bien, que se lo mire: creo que en ese caminar final y solitario se le dieron a Falco muchas veces las revelaciones de lo esencial de su ser, o sea de lo que hay que rastrear en su poesía, que justamente en lo esencial de su ser tiene hundidas las raíces.

Suceden de cuando en cuando otras noches más largas, ardidadas hasta sus fibras posteras y no inocentes de alcohol. Escribí en la apresurada nota anterior que Falco solía lamentar —exclamar quebrantado, diría mejor ahora— "¡Ya viene el día!" cuando esas noches se desmoronaban; declaró también, y es verdad, que no olvidaré nunca la tristeza transida de su voz ni su irse de prisa en los grises harapientos del alba... Quiero volver sobre el recuerdo, porque no dudo de que en esa especie de fuga desamparada ante la luz diurna, traicionera y naciente, sufrió y tuvo el más admirable de mis amigos, con intensidad mayor que en otros momentos de su vida, los sabores últimos de quien era. La noche todavía vive pero está usada al máximo, gastada, reducida a sus heces; los amigos, uno tras otro, se han ido a dormir; sólo quedamos tres o cuatro, casi como testigos de un naufragio, y entre ellos Falco, que siempre desearía irse temprano pero siempre se va quedando un rato más. Por la puerta o la ventana del café —esa hora un café de "los que no cierran"— o por el fondo recién nacido de una calle orientada hacia el Este, se ve de pronto arrear el amanecer como una bestia de grandes ojos —¡Qué tristeza desmesurada asalta entonces a Falco! "¡Ah, ya viene el día!", exclama. "Tranquilo, viejo", dice L... "¡El día, el día!", bromea T. con júbilo apenas fingido, y en seguida, proclama, ululante: "Yo soy Walt Whitman, que como y bebo y engendro". "Vamos, vamos", ruega Falco. "Bueno —le digo yo, con el cigarrillo indolente y la voz oxidada de la ho-

ra—, no te aflijas tanto que hay cosas peores", y agrego un chiste obscuro. Me mira un poco escandalizado (yo me solía divertir escandalizándolo, que tan fácil era, además) e intenta sonreír pero no puede. "Yo me voy", se decide. "Esperate un poco", le dice L, desde el borde, ocasionalmente, de su epigonal vaso de leche. "Yo me voy", se arranca Falco... A veces lo acompañábamos unas cuadras, a veces —¡qué crueldad!— lo dejábamos partir solo. Poemas como VOLVER y mucho, otros versos de muchos otros, nacieron o comenzaron a larvarse, crece que no cabe dudarlo, mientras

Sonaban las campanas cantaban ya los gallos y él...

... desasido, se buscaba la frente hacia la madrugada.

Repito para finalizar: creo que fué durante esos caminos regresos a su casa que accedió Falco a mucho de lo que tiembla en las raíces de su poesía y lo hace el poeta que es —el poeta copiado sobre un hombre ahogado por el diálogo desnudo, el mano a mano con su propia alma.

Después de ver a los astros que rutilan y no saben qué preguntar (¿qué decía, y confundir las hambres...

después de estar sentado en una orilla del mundo,

después de buscarse, desasido, la frente hacia la madrugada, puede el poeta, ya en el día, sentirse renacer, y decir:

Oh Tierra. Oh nave solitaria soy tu hijo fiel y no te olvido.

Pero ya estoy en el tema de otras páginas (que serían la contraparte de éstas sino la otra cara de la moneda) tituladas necesariamente Liber Falco. Hijo de la Tierra.

EL CAREO

(Viene de la pág. anterior)

hubiera podido salvarlo alejándose del hombre, de sus borracheras, de sus brutalidades, de las palizas entre las que el muchacho había ido creciendo con una debilidad pensativa, afeminada y bondadosa.

—Yo me llevaba mal con el finadito, porque él no me quería, estaba diciendo Basilio, que trataba de expollar el costado de su soledad desde que otros habían sobornado el de la ternura. Y esa vez sí lo dejó, él me pone la mano encima y los demás me remachan.

—¿Qué miedo iba a tenerle usted, si sabía que el pobre Bachicha era un infeliz?, dijo la voz enronquecida de la mujer. "Infeliz" confirmaba, con menos dificultades que la pregunta del Juez, el cargo de un rato antes. Lo que pasa es que usted no lo quería, porque él no era hijo suyo.

Ponía todo el énfasis en el tratamiento, porque ese "usted" lanzado una y otra vez al diálogo era la evidencia de que había tomado partido por su hijo, ahora que tampoco estaba en edad de conseguirse otro hombre.

—Usted vivía pegándole desde chico. Yo pido, señor Juez, que se busquen los antecedentes en la Veinticuatro, de una vez que le abrió la cabeza con un tarro, hace más de diez años. ¿También entonces le tenía miedo?

Basilio comenzó a embrutecerse, a perder pie; y a falta de razones para rebrotarle las suyas, optó por enfrentarla con una sonrisa fija y desdefiosa, como si participara de una convención colectiva (en la que se incluyeran el Juez, el actuante, el abogado y el funcionario que machacaba en la máquina), un so-

breentendido por el que hubiera que tolerar todo aquello, aunque no tuviese nada que ver con el asunto.

—Dos veces me separé de usted por esas cosas. Y en mala hora, que el finadito me perdona, hice caso a sus promesas y volví.

—No es para tanto, contestó Basilio. Lo que pasó fué que le consentías de todo, y yo tenía después que enderezarlo.

—Usted tenía que enderezarlo con el ejemplo —dijo sarcásticamente la mujer—, llegando borracho, gritando indecencias, haciendo cuanto hay. Usted le daba el ejemplo jugando la quincena recién cobrada a las carreras. Y hasta pidiéndole plata al finadito, señor Juez. Porque tengo que agregar —y miró al mecanógrafo— que unos minutos antes del Jue, él le pidió plata al finadito para hacerse una jugada. Usted se acuerda muy bien que fué así —acentuó para cortar un conato de incredulidad, en el que Basilio alzaba hombros y cejas— y, que usted decía y repetía que tenía un dato para la primera. Que entre nosotros, señor Juez, él quería jugarle a Ipané y ganó Congreso.

El error en el dato refinaba el reproche, y la lucidez de la mujer para haberlo averiguado esa misma tarde y su memoria de hoy para recordarlo, hacían esplendor su encono.

Nadie tema que yo pueda compararlos con Egisto y Clitemnestra, porque no había ningún resto de cohesión entre ellos, porque el amor sin concupiscencia de muchos años había sido desfondado por el crimen, y ella avanzaba hacia el Juez un perfil pálido y sucio, una mandíbula ominosamente colgante para implorar que se midiese su pena.

—Además, señor Juez, tengo que decir otra cosa. Ese día este señor llegó borracho, y al saber que yo había invitado a esos peones del stud se enojó, y dije que no iba a haber cumpleaños de nadie, y que aquello iba a acabar muy mal.

—Sí, lo dije, replicó Basilio, que se aserraba ahora a un incierto partido de coraje judicial. Es claro que lo dije. ¿Y no sabes por qué?

—Y dijo otra cosa, cortó la mujer. Dijo, antes de que empezara la fiesta, que ese día iba a matar a alguien.

—Sí, lo dije, insistió Basilio. Pero que aclare a quién dije que iba a matar.

Ella tuvo un acceso ambiguo, que acudió a verter deponiendo la cabeza en el pañuelo.

—Diga a quién amenazó con matar el proceso —asumió el Juez. Mantenga su calma y dígame la verdad.

—Dijo que iba a matarme a mí —gimoteó la mujer, que parecía derrumbarse.

—Y bueno, dijo Basilio, sonriendo hacia el Juez, como si aquel complemento aclarase la prueba de su inocencia. Dijo que iba a matarme y, sin embargo (extendía hacia ella, demostrativamente, las palmas de las dos manos), ¿no estás ahí? ¿No-Estás-Ahí?

Estaba ahí, en efecto, y el hijo muerto, con una sonrisa de dientes saltados y apoyando su mayor y quebradiza estatura en los hombros de los dos varadores, estaba en una foto en sepia, con las esquinas rotas, en el bolso donde la mujer sumergió definitivamente el pañuelo. Había visto ahora la cara del Juez, mientras Basilio quería reforzar con esas manos la imagen de su mansedumbre, y había comprendido que los nueve años del Fiscal estaban puestos

CARLOS MARTINEZ MORENO.